

La subjetividad del desprecio

*Javier Meza**

Si se les hace la vida imposible, necesariamente se reducirá el número de mendigos. Es un secreto que todos los cazadores de ratas conocen: tapad las rendijas de los graneros, hacedlos sufrir con maullidos continuos, alarmas y trampas, y vuestros jornaleros desaparecerán del establecimiento. Un método aún más rápido es el del arsénico; incluso podría resultar más suave, si estuviera permitido.

THOMAS CARLYLE

La pregunta es si los necesitados pueden ser responsables de sí mismos y, sobre todo, si tienen la capacidad suficiente para regir su propia vida [...] queda un misterio [...] *la pasividad* de los muy pobres, que dejan pasar las oportunidades que se les presentan [...] En el centro de la cultura de la pobreza se encuentra la incapacidad para controlar la propia vida: lo que los psicólogos denominan ineficacia.

L.M. MEAD

Resumen

Este artículo pretende explicar cómo la ruindad que domina en el mundo actual constituye un cambio de subjetividad, pero también demostrar cómo ella, en nuestro contexto nunca fue extraña y, hoy, más bien sólo se acentúa. Nuestra sociedad siempre ha sido sumamente injusta: en nuestro pasado y presente están las pruebas. Hoy, particularmente lo demuestran los asesinatos de mujeres y migrantes, aspectos que urge analizar para buscar respuestas a la terrible realidad que enfrentamos.

Palabras clave: subjetividad, memoria, injusticia, terror, asesinato, Estado, gobierno, explotación, femenicidios, migrantes.

* Profesor-investigador, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

Abstract

This article seeks to explain how the baseness that dominates today's world is a change of subjectivity, but also demonstrate how she, in our context, and never was strange today, rather only accentuated. Our society has always been extremely unjust in our past and present is the evidence. Today, particularly evidenced by the killing of women and migrants, urging analyze aspects seeking answers to the terrible reality we live.

Key words: subjectivity, memory, injustice, terror, murder, state, government, mining, feminicidos, migrants.

Introducción necesaria

Todo proceso subjetivo constituye normalmente un proceso de larga duración. Es por eso que para los historiadores de la Escuela de los Annales las mentalidades es lo más difícil de transformar porque, sin duda, atrás de todo proceso histórico está un hecho psicológico (Braudel, 1974). En efecto, la temporalidad es el carácter decisivo de la subjetividad ya que ésta se disuelve o reafirma en el tiempo (Anders, 2011:101). La prohibición del incesto, por ejemplo, antes que ser consecuencia de estudios biológico-genéticos, fue producto de la subjetividad o incluso del capricho que contiene y constituye a la norma de cualquier cultura. Hablar de viejas y nuevas subjetividades implica reconocer rupturas y continuidades y, particularmente, en el caso de México, existen herencias con marcada permanencia que lejos de haberse dejado atrás, hoy parecen regresar con mayor fuerza o virulencia. No debemos olvidar que nuestro país tuvo en su origen subjetividades que ambicionaron ser permanentes o eternas. El eje de las subjetividades que componían a la espada y el mosquete, a la cruz y el hisopo, a su llegada a América Latina, repudiaban la modernidad o espíritu crítico incesante que había empezado a gestarse desde el Renacimiento, y que obtuvo un fuerte impulso gracias a la ruptura que la Reforma estableció con la Iglesia católica. Los conquistadores, militares y espirituales, lograron moldear futuras sociedades que, hasta

la fecha, no han podido romper del todo con ciertas subjetividades que, por lo mismo, las continúan determinando adoptando ya sea apenas algunos ligeros cambios o bien, reviviendo situaciones brutales que alguna vez tuvimos esperanzas de disolver o de romper con ellas.

Nuestra sociedad, entre otras, siguiendo las enseñanzas de una institución total, no admitía otra religión más que la propia, y consideraban innecesaria toda libertad de pensamiento y de crítica, ciertamente, era “una sociedad cerrada no sólo al exterior sino al porvenir”. La Iglesia emanada del Concilio de Trento (1545-1563) refrendó sus aspiraciones de universalidad junto con las de la monarquía española, y fusionó sus ideas religiosas con el poder político adoptando una actitud totalmente antimoderna. En América estableció preferencias por contemplar y no por actuar, por la obediencia y no por el libre albedrío, igualmente buscó conmover y no mover, y siempre estuvo preocupada más por los sacramentos que por las virtudes. Profundamente milagrera, festiva y nada cívica, fue capaz de conciliar su fe con la violencia, el abuso y el atropello. El supuesto amor por todos convivió junto con el desprecio y las acechanzas tanto contra los iguales como contra los inferiores.

Por ejemplo, el culto desmedido por los santos llevó a implantar sus hábitos, los cuales “no enseñan a los pobres a hacer el bien, a ser altruistas y generosos, sino a ser devotos, humildes y obedientes” (Sales, 2011:219). Como toda institución total, la Iglesia aspiró a controlar mentes y cuerpos, y en muchos sentidos lo logró contribuyendo a la consolidación de un poder político premoderno con características terriblemente corruptas, patrimonialistas, nepotistas y obsesionado por acumular insaciablemente riqueza, y por violar e impedir toda justicia e igualdad. Es en las subjetividades de nuestro pasado donde hay que buscar comprender la actual “chabacanería de nuestra plutocracia, la megalomanía de nuestros políticos y la chatura de nuestros tecnócratas” (Paz, 2001:614). Pero también el desprecio y la indiferencia por las condiciones económicas, políticas y sociales que hasta el día de hoy sufren la mayoría de los mexicanos. La intolerante España católica legó, en gran medida, una cultura rígida, acartonada, inflexible y enemiga de toda crítica y pensamiento libre.

Un Estado social menos que a medias

La Constitución de 1917 ambicionó establecer un Estado nacionalista y benefactor o de bienestar social, basado en un conjunto de derechos sociales desarrollados y establecidos principalmente en algunos países europeos. Sus artículos fundamentales establecían que era obligación de los gobiernos elevar el nivel económico y cultural de todos los ciudadanos, educación gratuita y laica, igualdad ante la ley, libertad de expresión y creencia, libertad de asociación, y derechos y beneficios o prestaciones laborales a nivel de todos los sectores. Muy pronto, el sector agrario o primario y sus derechos fueron hechos a un lado para fortalecer el secundario o industrial y el sector de servicios o terciario. Nuestra plutocracia política, industrial y comercial, guiados por un partido político hegemónico, ambicionó ser como Estados Unidos, y con la chabacana y mentirosa idea de que era necesario primero desarrollar la riqueza en algunas zonas para luego repartirla, ideó cuatro polos de desarrollo industrial y de servicios (Distrito Federal, Puebla, Guadalajara y Monterrey) y empezó a sacrificar a los sectores más desfavorecidos del campo para industrializar el país. A nivel del sector obrero y de servicios, algunos sectores fueron beneficiados (Pemex, Comunicaciones, electricidad, burocracia estatal y los capitales privados), pero la mayoría de la población no fue favorecida. Politicastros e “iniciativa” privada se repartieron el país y su riqueza apoyados en el control de la justicia, de los sindicatos y caciques, y en la represión brutal de todos los movimientos sociales. Su historia, hasta nuestros días, puede resumirse en una amplia corrupción, en un nepotismo y patrimonialismo ilimitado, en el desprecio por el otro, y en la sumisión y corrupción de los poderes Legislativo y Judicial al poder presidencial, así como en la explotación de amplias capas que configuran los tres sectores.

El poeta Octavio Paz reconocía que entre muchos mexicanos las relaciones siempre fueron y son de desprecio recíproco. Por un lado estaba y está el poderoso don Nadie (“el chingón), negando o “ninguneando” a los otros o Ninguno (“los chingados”). Situación que, a nivel social, se traduce en que cuando alguien niega a los otros se está negando a sí mismo, y lleva a que finalmente nadie pueda *Ser* pues uno,

y todos, sólo *somos* cuando recíprocamente nos afirmamos mediante una solidaridad vinculante capaz de reconocernos en los otros y a la vez reconocerlos (Paz, 2000:180). Sin duda, con el Estado nacionalista existieron algunos beneficios sociales pero no puede afirmarse que los vicios engendrados durante el periodo colonial fueran superados. En muchos aspectos, ni siquiera fue una modernidad a medias y, a pesar de que algunos sobresalientes mexicanos pusieron todo su empeño junto con algunos movimientos sociales (normalmente reprimidos) por construir una verdadera nación solidaria y fraterna en donde sus ciudadanos fueran capaces de realizar un plebiscito diario, como alguna vez lo planteó en Francia Ernest Renan, sus esfuerzos resultaron vanos (Renan, 2006). El mismo Paz, luego del asesinato realizado por el gobierno, principalmente de estudiantes el 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco, reconocía que México estaba dividido en uno desarrollado y otro subdesarrollado, y que el primero normalmente siempre ha buscado imponer al segundo un modelo que no corresponde a nuestra realidad. Asimismo, el poeta consideraba que *el otro México* (expresión imprecisa), el subdesarrollado, era pobre y miserable,

[y una *otredad* que] escapa a las nociones de *pobreza* y de *riqueza*, *desarrollo* o *atraso*: es un complejo de actitudes y estructuras inconscientes que, lejos de ser supervivencias de un mundo extinto, son pervivencias constitutivas de un mundo extinto, son pervivencias constitutivas de nuestra cultura contemporánea. El *otro México*, el sumergido y reprimido, reaparece en el México moderno: cuando hablamos a solas, hablamos con él, hablamos con nosotros mismos (Paz, 2002:366).

Pero ahora, el desprecio establecido en el mundo ha venido a reforzar al que nosotros heredamos, creamos, y recreamos y que nuestra chata oligarquía siempre niega como si en el cerrar los ojos estuviera la solución. Ahora el desprecio recíproco está convertido en violencia, y nuevamente empezamos a apuñalarnos, y antes de que sea demasiado tarde que quizá podamos actuar para impedirlo.

Durante el gobierno de la primera ministra del Reino Unido, la química Margaret Thatcher (1979-1990), y la presidencia en los Estados Unidos del actor secundario Ronald Reagan (1981-1984), el

Estado social o de bienestar y nacionalista empezó a ser desmantelado, y fue sustituido poco a poco por un Estado neoliberal y una economía de libre comercio controlada sobre todo por el capital financiero especulativo y la supuesta “mano de Dios”. Al principio fue difícil aceptar y prever hacia dónde podía llevar al mundo una situación así, sin embargo, hoy sabemos que nos enfrentamos a un capitalismo salvaje y a una brutal pérdida de los derechos humanos, junto con una desigual distribución de la riqueza. Hoy, sólo los beneficiados y la ignorancia pueden hablar bien del sistema mundial establecido. Paradójicamente, el Estado mexicano en algunos aspectos estaba ya a la vanguardia del capitalismo salvaje pese a su nacionalismo y a su malogrado Estado benefactor.

“Antiguallas-posmodernas”

Existe una broma, con tintes de verdad, que molesta sobre todo a los mexicanos de bandera y selección de fútbol: ella dice que con Hernán Cortés y sus frailes llegó a México la posmodernidad. Y que así como estuvimos siempre a la vanguardia del surrealismo hemos estado a la vanguardia del desprecio por los otros tan de moda en la posmodernidad. Ciertamente, desde los inicios de la Colonia, incluso en los defensores de los indios y enemigos de explotarlos y asesinarlos, su noble actitud siempre estuvo condicionada a que los “infielos” tenían que convertirse por la buenas o por las malas. Pero lo normal fue sembrar desde el principio el desprecio contra los pobladores naturales. La mayoría de cronistas e historiadores de la conquista e invención de América consideraban que los pobladores originales no sabían otra cosa que comer, beber, descansar, fornicar e idolatrar, y muchas otras “suciedades bestiales” (Subirats). También en la complejidad de las subjetividades de nuestros procesos históricos encontramos que, la “orfandad” y “extrañeza” de los criollos los llevó a actitudes realmente paradójicas: el criollo se enorgulleció, según él, de heredar dos imperios, pero “con el mismo fervor contradictorio con que exaltaba al Imperio hispánico y aborrecía a los españoles, glorificaba el pasado indio y despreciaba a los indios” (Paz, 2001:619).

Esta subjetividad lastrada de contradicciones igualmente la heredaron los mestizos y sobrevive en la mentalidad de nuestras élites, las que a su vez se han encargado de transmitirla a diferentes grupos sociales. En varios sectores de la población más occidentalizada existe una subjetividad que podríamos llamar de colonizador-colonizado: ella provoca que el sujeto ante el extranjero se muestre dócil o incluso servil, pero ante el indígena o el pobre su comportamiento es agresivo y marcado por el desprecio. Algo que debería atenderse y trabajarse es una descolonización de nuestra subjetividad.

Así, por ejemplo, todavía hoy las condiciones de los jornaleros migrantes en la agricultura intensiva no son diferentes a las pasadas explotaciones coloniales. En los estados de Sinaloa, Sonora, Tamaulipas, Jalisco, San Luis Potosí, Morelos, Michoacán, Baja California Norte y Sur, la mano de obra es contratada mediante intermediarios llamados enganchadores, coyotes o capitanes, y que nos recuerdan a los antiguos “indios mandones” encargados de robar y controlar a la población indígena. Posteriormente, los grupos de migrantes (sobre todo de Guerrero, Veracruz y Oaxaca, y compuestos por 40% de indígenas) son “alojados” en campamentos vigilados por grupos armados, donde deben “vivir” en construcciones de cartón, pisos de tierra, y carentes de agua potable y electricidad, y con pocas letrinas y regaderas. Normalmente están ubicados lejos de las poblaciones para obligarlos a comprar lo necesario en tiendas establecidas dentro de los campamentos, y que recuerdan a las “tiendas de raya” de la Colonia y del Porfiriato. En su gran mayoría los trabajadores son contratados verbalmente y no cuentan con ninguna seguridad ni prestaciones en el empleo. Laboran seis días a la semana y no les pagan si enferman o cuando no pueden hacer nada por causas imputables a la empresa. Tampoco existen servicios médicos a pesar de que normalmente sufren intoxicaciones por los agroquímicos utilizados. En los campos de cultivo de los estados de Sonora, Sinaloa, Tamaulipas y otros, hay niños que presentan aplasia medular, anemia, linfomas, leucemia aguda, y mujeres con daños en el hígado y en los riñones, daños en la piel, fibrosis y otras afecciones pulmonares causadas por plaguicidas altamente tóxicos cuyo uso están prohibidos en otros países. También es normal, por ignorancia y falta de agua, y porque no tienen dónde,

que los jornaleros acostumbren guardarla en los recipientes de los productos tóxicos y la beban y se bañen con ella. A estas condiciones se suman sus familias, tanto las mujeres como los hijos. Además, la agricultura empresarial está controlada por pocas empresas, las cuales resultan ampliamente beneficiadas con la explotación de los trabajadores y practicando una agricultura depredadora que acaba con los recursos naturales como el agua, y contamina las tierras por los agroquímicos aplicados (Lara, 2010).

Un estudio efectuado apenas en 2011 por el Consejo Nacional de Población (Conapo), sostiene que uno de cada tres jóvenes empleados en el campo no recibe ingreso (es decir, 25.4%) (Avilés, 2011:39). Además, los 3.3 millones de trabajadores agrícolas que laboran en el país reciben percepciones que fluctúan entre 1 329 y 684 pesos mensuales, y 2.5 millones de ellos carecen de vivienda. Asimismo, el Programa Especial Concurrente, en 2011 aprobó un subsidio de 300 mil millones para el agro, pero de él sólo 30 mil millones se aplican a programas del sector social y el resto lo utilizan transnacionales y nacionales como Cargill, Dupont, Monsanto, Gruma, Maseca, Bimbo, Minsa y otras (Román, 2011:33).

Ante el abandono del campo y su respectiva crisis, iniciado desde el Estado benefactor, el neoliberalismo mexicano buscó el fortalecimiento de su economía aprovechando la explotación y los bajos salarios que el país siempre ha padecido. Situación que como país subdesarrollado –hoy calificado eufemísticamente como “en vías de desarrollo” o de “economía emergente”–, llevó al gobierno neoliberal de Carlos Salinas (1988-1994) a establecer un desigual Tratado de Libre Comercio con Estado Unidos y Canadá (TLCAN). Dicho tratado fue negociado prácticamente en secreto y firmado a espaldas del pueblo, reafirmando así una vieja subjetividad que nuestro país siempre ha padecido y que consiste en convertir los intereses públicos en intereses privados y los intereses privados en públicos sin que sorprenda o incomode a la mayoría de la población. Ya desde la década de 1960 México buscó inversión extranjera a través de la industria maquiladora, principalmente ensamblando automóviles y aparatos electrónicos, y produciendo ropa. Actualmente, luego de entrar en vigor en 1994 el TLCAN, en México existen cerca de tres

mil maquiladoras que emplean a millón y medio de personas, sobre todo mujeres, sometidas a horarios de trabajo hasta de doce horas con salarios promedio de entre dos mil o cuatro mil pesos mensuales, y ubicadas principalmente en las ciudades fronterizas de Tijuana y Ciudad Juárez.

Respecto a los salarios y las condiciones de trabajo las directivas de las empresas las consideran confidenciales, pero actualmente parece que las trabajadoras firman contratos sólo por quince días, hay muchos despidos y, con el pretexto de evitar cerrar la fuente de trabajo, son obligadas a reducir horarios de trabajo (paros técnicos), y salarios. En Ciudad Juárez se calcula que son unas dos millones de personas las empleadas, pero en el 2010 es posible que hayan desaparecido unos veinte mil puestos de trabajo y el pronóstico es que pronto unos cien mil partirán hacia China.

Para la revista *Forbes* la causa radica en que los mexicanos son “ambiciosos” y quieren cobrar cuatro veces más que un trabajador chino, esto es, cerca de setenta dólares a la semana. Con la típica mezquindad empresarial la revista “olvida” que el nivel de vida de Ciudad Juárez es casi tan alto como el de Estados Unidos. Como siempre, nuestra oligarquía acostumbra “hacer a un lado” que somos un país de tercera al que ella, en muchos aspectos, acostumbra ponerle precios altos a ciertos servicios como si fuera un país de primera (Bowden, 2010:45). El gobierno, por su parte, les concede a las empresas todo lo que quieran, y está siempre dispuesto a vender áreas rurales para que ellas establezcan “mini chinas” caracterizadas por violar todo tipo de leyes y establecer una brutal explotación de trabajadora(e)s. Las empresas están exentas de pagos fiscales hasta el 2012 pero exigen que sea permanente, exigencia que, sin duda, el régimen no les negará. Las empresas maquiladoras son grandes consumidoras de recursos y contaminadoras del medio ambiente. Consumen mucha agua y generan deshechos como alcoholes, benceno, acetona, ácidos y desperdicios plásticos, y emiten gases contaminantes. La tela, para que supuestamente sea suave y resistente, es sometida a un proceso que emplea elementos agresivos para la salud como formaldehído, ácido sulfúrico, bromo, sosa cáustica, y el terminado de una sola prenda produce más de un kilo de dióxido de

carbono, gas que influye en el calentamiento del planeta. Producir un chip para computadora requiere aproximadamente 20 litros de agua, cincuenta gramos de sustancias químicas y más de un kilovatio/hora de electricidad, y produce 17 litros de desechos y ocho kilos de sólidos. Además, una computadora contiene elementos peligrosos como bario, mercurio, berilio y cadmio. Pero a pesar de ello, el país vecino no tiene ninguna responsabilidad para encargarse de los desechos (IPS, 2011:41).

Pero las maquiladoras también consumen vidas humanas. Ciudad Juárez, particularmente, hoy es considerada como la ciudad más violenta del mundo. Sobre todo desde 1994 llegaron a ella miles de mujeres ilusionadas con cambiar su nivel de vida. No obstante, ya desde el año anterior habían empezado a aparecer mujeres asesinadas con huellas de tortura y violación. Se calcula que entre 1993 y 2003 fueron asesinadas más de 370, pero respecto al número del último año hay fuertes discrepancias; según las fuentes oficiales fueron 321 pero para Amnistía Internacional 370. Durante el 2007 el número ascendió a más de 500, y en 2009 ascendieron a más de mil cien. Los móviles de los asesinatos pueden ser diversos: drogadicción, prostitución, machismo, tráfico de órganos, “asesinatos por diversión” (*spree murders*), pero llama la atención que todas son pobres, obreras, de baja estatura, morenas y cabello largo. Su innumerable número se suma al también innumerable número de los crímenes cometidos por el narcotráfico y fuerzas oficiales (policía y ejército) que en Ciudad Juárez en los dos últimos años asciende a 4 600 y a unos cien mil refugiados. En este reino de la muerte un cálculo optimista señala que 77% de los crímenes quedan impunes, y el número de víctimas por año pasó de 300 a 3 111. Un reino de la muerte que desde la década de 1970 quintuplicó su población y que desde esos años no ha establecido una nueva preparatoria. Los hijos y nietos de las maquiladoras literalmente constituyen un ejército de reserva, y cuatro mil niños y adolescentes entre 14 y 20 años esperan convertirse o ya son, asesinos o víctimas. Según Arturo Valenzuela, médico de Ciudad Juárez, debido al ejercicio de su profesión, poco a poco fue descubriendo que la edad de muertos y heridos iba cambiando de una edad promedio de 40 años a cada vez más jóvenes.

[Es decir] Se trataba ya de una guerra total. Empujados por la pobreza, por la desigualdad, por la falta de afecto en una ciudad acostumbrada a tratar a las mujeres como esclavas –en la cadena de montaje o en la casa– cientos de muchachos crecidos a la intemperie de barrios sin asfalto ni escuelas, sin energía eléctrica ni agua corriente fueron engrosando las filas del único ejército que los aceptaba. A un ritmo endiablado, sin capacidad de elegir, esos muchachos bautizados a semejanza del último galán de la última telenovela, fueron subiendo rápidamente por la escalera del crimen. De halcón –el que alerta la llegada de la policía– a camello, de camello a sicario. De sicario a muerto (Ordaz, 2011:3).

En efecto, en los países latinoamericanos, estúpida e hipócritamente llamados en “vía de desarrollo”, más de 38 millones de jóvenes entre 15 y 29 años corren peligro de ser captados por grupos criminales. De cada diez muertos por disparos nueve son jóvenes o niños; de cada cien mil habitantes asesinados 83.2% tienen entre 15 y 29 años; 60% no cuenta con educación secundaria y el número de criminales del sexo femenino aumentó de 15 a 25%. Del total de la población latinoamericana 57% son menores de 29 años (AFP, 2011:23). Las consecuencias de las cifras anteriores son aterradoras: en México, unos 75 mil jóvenes constituyen el “ejército” del narco, 24 mil en el cártel de Sinaloa, 17 mil están con los zetas, y unos 7 500 con la Familia Michoacana. El mundo y nuestra sociedad sólo les deja como opción una idea fija: “Lo importante es lo que puedo tener aquí y ahora, cómo puedo vivir bien, aunque sea temporalmente” (Román, 2011:9).

En Ciudad Juárez, el delirio o la locura echa raíces en la muerte por diversión, y pareciera que es sólo un juego macabro sin consecuencias: el 31 de enero de 2010 son masacrados 15 estudiantes en una fiesta; el 27 de octubre de 2010 un camión que transporta personal de la maquiladora Eagle-Ottawa es balaceado en la carretera Juárez-Porvenir por un comando y tres mujeres resultan muertas; es posible que sólo por tres mil pesos un asesino elimine a un accidentado y lisiado de por vida para evitar pagar un seguro o una pensión; según la UNESCO, las escuelas deben pagar cuotas por cada estudiante para evitar que los acribillen a la salida por jóvenes asesinos que disfrutan y entrenan matando gente anónima donde sea; tres centros de rehabilitación

de drogadictos fueron cerrados porque la mayoría de sus ocupantes fueron masacrados; según un informante, en la década de 1990 una organización utilizó niños enfermos mentales para robar automóviles, pero como terminaron poniéndose exigentes, una noche de 1998 formaron a más de cuarenta y los mataron con un tiro en la cabeza y los enterraron en un agujero que, por supuesto, los que saben dónde está nunca lo dirán; en el cementerio de San Rafael descubren una fosa común con cientos de víctimas de 2008 y 2009, y permanecen sin identificar. Estos muertos y muertas forman parte de más de 40 mil o más de 50 mil, según declaró el juez español Baltasar Garzón, ocurridos desde hace aproximadamente cinco años (Bowden, 2010; Turati, 2011; *El Universal*, 2011:11). Apenas, el 24 de agosto de 2011, un grupo armado disparó con rifles de asalto AK47 contra alumnos y padres de familia a la salida de la escuela primaria Ricardo Flores Magón en la colonia Anapra de Ciudad Juárez. Un joven de 16 años resultó muerto y cinco adultos fueron heridos (*La Jornada*, 2011:10). Posiblemente la agresión es producto de la “venta de protección” o también puede obedecer a la consigna de sembrar el terror o de ambas a la vez. Pero sin duda, en estos hechos como en otros, ocurre un fenómeno subjetivo que obedece a la falta de regulación cultural. Pertenece a un mundo en donde pareciera que la relación de poder entre los principios del placer y la realidad están invirtiéndose. El principio de placer ahora está a la defensiva de las libertades cada vez más irrestrictas del principio del placer; éste, desregulado, está cada vez más abierto a ser explotado sin medida por la falta de educación y perspectivas humanas propias del mundo actual (Bauman, 2010:77).

Sin duda, una vieja subjetividad se acentúa: el asesinato despiadado para que el reino de Tánatos con su podrido manto cubra a nuestro país. El cultivo y el desarrollo de las pulsiones de muerte son reafirmadas e intensificadas de tal forma que, posiblemente, uno de los objetivos perseguidos es familiarizarnos con la muerte de manera que las víctimas, ellas y ellos, se conviertan en algo normal y en un simple y frío número. El asesinato está convirtiéndose en una cotidianidad intrascendente, ¿por qué?

El orden basado en el terror

El crimen, la guerra, la explotación, la tortura física y mental, la manipulación, el abuso del poderoso, la injusticia, etcétera, son expresiones o actos humanos muy antiguos. No es gratuito que un viejo libro judío con influencias mesopotámicas, egipcias o griegas como el *Eclesiastés* denuncie que: “me puse a considerar todas las violencias perpetradas bajo el sol:/ vi llorar a los oprimidos, sin que nadie los consolase; la violencia de sus verdugos, sin nadie que los vengase” (3:16; 1998). Sin embargo, es posible detectar que la violencia generada por nuestro desprecio o ambición puede cambiar de intensidad o de forma, así como las actitudes y discursos que la aprueban o cuestionan no siempre son iguales. Nuestra época no ha sido la excepción y, con un poco de memoria histórica, podemos encontrar cómo el desprecio por los otros ha ido cambiando, evolucionando, transformándose, hasta llegar a adquirir ya formas brutales, o bien, sutiles. Nosotros, no siempre modernos, somos hijos de tiempos donde todavía se habla mucho de derechos humanos y de las bendiciones de una abstracción llamada progreso. Los amos invisibles de nuestro mundo, junto con sus visibles gerentes y mayordomos, todavía juran y perjuran que la humanidad pronto ha de alcanzar un mundo “feliz” y “mejor que el actual” (!). Lo peor es que, a pesar de que dichas promesas y discursos son como monedas gastadas, el mundo parece aceptarlas quizá porque las plutocracias nunca han dejado de influir y formar subjetividades que, hoy día, están vacías de todo recuerdo histórico e interesadas sólo en mirar hacia un futuro supuestamente promisorio que ha de llegar muy pronto.

Algunas corrientes de la modernidad occidental, entendida como un espíritu crítico incesante, a partir del Renacimiento y la Ilustración creyeron que era posible alcanzar a establecer sociedades perfectas, igualitarias, justas, donde la violencia de unos contra otros estuviera eliminada o desterrada para siempre. El surgimiento del capitalismo, con todas sus brutalidades, provocó anhelar otros mundos, y tal inquietud sobre todo encontró su mejor expresión en el concepto de U-topía. El “no hay tal lugar” fue pensado, dibujado, ideado, propuesto intensamente como contraparte a la intensidad de los

sufrimientos que el capitalismo trajo consigo. Asiáticos, africanos, europeos, judíos, árabes, turcos, indígenas americanos del norte, centro y sur, otra vez judíos, negros, latinoamericanos, nuevamente asiáticos, etcétera; mujeres, hombres, ancianos, niños, todos han sido despreciados y explotados o asesinados, en uno u otro momento hayan colaborado o colaboren o incluso no colaborado con el capital.

En 1834 los “honorables” miembros del gobierno inglés aprobaron una “Ley Sobre los Pobres” que establecía ayudarlos alojándolos en casas de trabajo con régimen carcelario. Ahí, mediante labores infames, las víctimas debían convencerse de que era preferible trabajar en las fábricas y sus inhumanas condiciones, y no permanecer en las casas con “horribles pedagogías”. El capitalismo creó así una ética del trabajo que entonces necesitaba: trabajar, sin importar las condiciones, era un requisito indispensable para que la sociedad aceptara al sujeto, y no lo excluyera como un simple deshecho (Bauman, 2008:38). Ciertamente, la repetición de los procesos históricos del capitalismo posee matices pero sus objetivos, medios y resultados son casi siempre los mismos. El 2 de diciembre de 1851, el presidente francés electo el 20 de diciembre de 1848, y que entonces había jurado respetar la Constitución vigente y “hacerla santa e inviolable”, efectuó un golpe de Estado contra la república con el fin de saciar sus desmedidas ambiciones, proseguir sus crímenes y sus delirantes ambiciones. El bribón asesino se llamó Luis Napoleón Bonaparte, mejor conocido históricamente como “Napoleón el Pequeño”, “el Enano” o “Naboleón” (*nabó* en francés quiere decir renacuajo). Los apodos surgieron del ingenio y de la afilada pluma del gran poeta francés Victor Hugo, quien también lo calificó primero de dictador y luego de emperador de opereta, considerando que: “El gobierno actual es una mano bañada en sangre, que moja sus dedos en agua bendita” (Hugo, 1943:44). Y tenía razón porque la dictadura suprimió tribunales y leyes, secuestró arbitrariamente, mató al amparo de las sombras de la noche, fusiló en secreto, deportó a diez mil disidentes presos y provocó la huida de 40 mil, y arruinó

a 60 mil familias. Para el poeta, otro aspecto también era terrible: el silencio y la indiferencia sobre el crimen porque

No interesa la cosa pública mientras marchen bien las cosas privadas. La venta por menor se hace lo mismo; la Bolsa especula, el comercio obtiene pingües beneficios almacenando mercaderías, y estamos a punto de vivir el momento en que no sólo no se critique sino que se encuentre natural esta situación (1943:10).

Para que una situación indigna se vuelva normal requiere usualmente de métodos indignos. Uno de ellos es sembrar el terror poco a poco para que llegue el momento en que el aterrado esté convencido de que sólo la fuerza del terror abierto y sin hipocresías, va a tranquilizarlo, aun cuando tenga que vivir bajo un régimen brutal. El golpe de Estado ejecutado por “Naboleón” ejemplifica muy bien lo antes dicho; sus criminales actos no fueron repudiados por la mayoría porque muchos creyeron que con un gobierno dictatorial terminaría el terror en que vivían, ignorando que el propio “salvador” lo había sembrado antes. Es decir, ignoraron que la “solución” que aceptaron para combatir la “infección” del terror desatado por el virus era el propio virus. En efecto, “El Enano” era un hombre de astucia despiadada: como presidente, en 1849 creó una falsa sociedad de beneficencia conocida como la Sociedad del 10 de Diciembre, integrada por el Lumpemproletariado de París y que, organizado en secciones secretas dirigidas por agentes bonapartistas, quienes a su vez obedecían a un general también bonapartista, se encargaron de adular a Bonaparte el Pequeño y de golpear y asesinar al pueblo de París “para aplastarle el cerebro y convertirlo en un ser tranquilo”. Los miembros de la sociedad eran gentes “sumamente decentes”, y una “valiosa mezcla” de la “hez, desecho y escoria de todas las clases”:

Junto a *rovés* (libertinos) arruinados, con equívocos medios de vida y de equívoca procedencia, junto a vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, *lazzaroni*, carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzueltos,

organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos; en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante (Marx, 1973:453).

Así, atrás del sujeto que hablaba mucho de orden, familia, religión, propiedad, leyes... estaba la podredumbre expulsada de todas las clases formando “la sociedad del desorden, la prostitución y el robo” dispuesta a aterrar a los franceses hasta que pidieran a gritos un Mesías, un Salvador.

Hoy, en el ficticio y a la vez terriblemente real (por sus predicciones) *Informe Lugano* de Susan George (2001), encontramos que los beneficiarios y defensores a ultranza del neoliberalismo están conscientes de que para lograr la sobrevivencia del capitalismo, es y será necesario buscar métodos para reducir la población mundial, métodos que incluso comprenden la eliminación o el asesinato recurriendo a las formas menos obvias posibles. Partiendo de la justificación de que la esencia del capitalismo es el mercado, siempre armonioso y sabio y, como Dios, hace nacer el bien del mal, la humanidad alcanza la perfección y el equilibrio con la destrucción. Así, el bienestar para el mayor número de personas es alcanzable sólo reduciendo el número de personas. Por eso el dominado no debe darse cuenta cuáles son los métodos de organización de sus amos, y para lograrlo es necesario producir nuevas imágenes ideológicas, transformar la ética e imponer una nueva hegemonía cultural. La perversión neoliberal dice que los bárbaros tienen una natural propensión a eliminarse entre sí, pero no siempre complacen del todo a los amos, de ahí que un buen método, entre otros, para que lo hagan bien es que “[l]a selección de *víctimas* deberá quedar exclusivamente en manos de las propias *víctimas*. Éstas se seleccionarán a sí mismas en función de criterios de incompetencia, no idoneidad, pobreza, ignorancia, pereza, delincuencia y similares; en una palabra: de características de los perdedores” (George, 2001:94).

La eliminación de los perdedores o deshechos es “necesaria” no sólo porque a corto plazo los recursos del planeta serán insuficientes para la población actual que, además, amenaza siempre con multiplicarse, sino también porque la producción del capitalismo neoliberal ya no necesita de una excesiva mano de obra. El progreso tecnológico ha llevado a que la productividad crezca y los empleos disminuyan; entre

1970 y 1994 en Europa pasó de 30 a 20%, y en los Estados Unidos de 28 a 16%. Hoy, las empresas premian a quienes eliminan puestos de trabajo, y cuando una empresa anuncia una próxima reestructuración que permitirá echar gente a la calle sus acciones en la Bolsa de valores suben. A menos costos más ganancias. También, las empresas ya no necesitan invertir en preparar mano de obra calificada; para ellas afortunadamente existen países donde encontrarán trabajadores sumisos y deseosos de obtener un ingreso mínimo que por lo menos les permita subsistir. Actualmente se registra que en el mundo unos 1 300 millones de seres humanos “sobreviven” con un dólar diario. La reducción de oportunidades produce ejércitos de desempleados, de fracasados, y no de triunfadores-consumidores que es ahora lo que requiere el mercado neoliberal. Los innecesarios hay que quitarlos de la vista, de las calles, de los espacios públicos: “si son recién llegados al país y no tienen sus papeles en perfecto orden”, ¡qué mejor! hay que deportarlos, y si no es posible entonces hay que llevarlos a cárceles alejadas; de preferencia “en cárceles de alta tecnología totalmente automatizadas, donde no puedan ver a nadie y probablemente nadie, ni siquiera sus guardianes, les vea la cara demasiado seguido” (Bauman, 2008:143). Buenos y articulados negocios son los despachos de abogados encargados de cabildear para endurecer las leyes, industrias de la construcción para edificar prisiones privadas, e industrias electrónicas que vendan equipos para vigilar y controlar prisioneros. Pero también es posible elegir matar y enterrar a los perdedores en fosas que nadie descubra. Las diferentes medidas no están contrapuestas, más bien son complementarias. Al exceso de población “desechable” hay que agregar la población sólo apta para el consumo y la diversión. En septiembre de 1995, a instancias de una invitación turnada por la fundación Gorbachov, estuvieron reunidos en el Hotel Fairmont de San Francisco 500 líderes políticos, científicos y económicos para proponer recomendaciones acerca del futuro de nuestro mundo. Para abreviar la reunión acordaron que cada intervención fuera concisa y no durara más de cinco minutos. Sin objeción, a todos los participantes les resultó evidente que en el siglo XXI, siguiendo “la programación de la lógica liberal”, serán suficientes sólo “dos décimas de la población activa” para mantener en movimiento a la economía mundial, por lo

que a la élite dirigente debe preocuparle cómo gobernar el 80% de la población sobrante. Para resolver el problema propusieron cosas como: “contratamos a nuestros trabajadores por ordenador, trabajan por ordenados y les echamos por ordenador”. Pero la perversión más aplaudida, ideada por Zbigniew Brzezinski, fue la creación de una palabra baúl como solución: *titytainment* (*entertainment* significa “entretenimiento”, “diversión” y *tits*, en argot americano, “tetras”). Traducida en buen romance, la recomendación de los “especialistas” es crear “un cóctel de entretenimiento embrutecedor y de alimento suficiente que permitiera mantener de buen humor a la población frustrada del planeta” (Michéa, 2009:40).

“Industria de tratamiento del desecho humano”

Hoy, como ayer, no todos son triunfadores y no todos pueden consumir y entretenerse como quiere el capital. En el siglo XX el surgimiento de los Estados benefactores y nacionalistas latinoamericanos llevó a la creación en 1948 de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), que propuso, para el crecimiento y desarrollo económico de los países latinoamericanos, la sustitución de importaciones y el fortalecimiento de la inversión pública. Sólo que el Imperio estadounidense consideró conveniente frenar el desarrollo latinoamericano mediante la ilusión expresada en la abusiva fórmula: “las ventajas comparativas”. Es decir, hacer dependientes en ciencia y tecnología a los países ricos en materias primas, obligarlos a comerciar o de plano saquear sus riquezas naturales, e impedir a cualquier precio su industrialización. La empresa United Fruit Company que, fusionada en 1970 con Zapata Corporation, perteneciente a la familia Bush, adoptó el nombre de United Brands y, desde 1990, pasó a conocerse como Chiquita Brands, durante más de un siglo en Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y Costa Rica, ha impuesto una explotación inmisericorde de trabajadores y activamente ha participado en golpes de Estado nombrando dictadores o presidentes como en Colombia, Costa Rica, Guatemala y Honduras. Normalmente la empresa recurre a la creación de grupos paramilitares para eliminar toda protesta y a corromper funcionarios pues, como

dijera uno de sus gerentes, en estos lugares resulta más caro comprar una mula que a un político. Es común que en sus campos de cultivo niños y mujeres estén expuestos a productos químicos dañinos y laboren jornadas de 12 horas. El subdesarrollo mexicano junto con el de Honduras y El Salvador hace que sean considerados como los lugares más peligrosos del mundo. Según la ONU, “ser hombre joven en países con bajo ingreso, alta desigualdad social y problemas de delincuencia organizada, en especial narcotráfico, constituye el mayor riesgo de morir asesinado”. En México, por cada 100 mil habitantes ocurren 20 homicidios, en Honduras más de 80 y en El Salvador más de 60 (Notimex, 2011:7; Economits Intelligence Unit, 2011:30). Al “desecho humano” mexicano –que básicamente sólo tiene como opción migrar a los Estados Unidos o agregarse a la marginación y al subempleo de las grandes ciudades o internarse como jornaleros en campos agroindustriales privados–, desde hace varios años se agrega, sobre todo, el “desecho humano centroamericano”.

Antes del capitalismo neoliberal el exceso de mano de obra tenía la esperanza de un día ser absorbida, hoy, tal esperanza a escala mundial no existe. En todos los países, incluyendo los desarrollados, como ya vimos, masas desempleadas conformadas tanto por nacionales como por extranjeros, donde el capital, por excelencia especulativo, no sabe qué hacer con ellas y ellos, sólo encuentra como solución guerras y genocidios tribales, formar bandas de asaltantes o narcotraficantes preocupadas por eliminarse unos contra otros “sin dejar de absorber y, a su vez, aniquilar los nuevos ‘excedentes de población’ (formados, mayormente, por jóvenes, incapaces de encontrar empleos en sus países y sin perspectivas de futuro)” (Bauman, 2008:27). Los Estados débiles o fallidos no pueden proteger a sus ciudadanos y menos a los migrantes que, como en el caso mexicano, transitan por el país abrigando el sueño de poder llegar a los Estados Unidos; así, tanto aquéllos como éstos son arrojados día con día a la condición de parias. Los migrantes, en el mejor de los casos, son parias sin papeles, literalmente secuestrados por bandas criminales o por la policía migratoria, vejados, maltratados y con una humanidad incompleta; en el peor, yacen sus restos amontonados en tumbas clandestinas, sin nombre, y sin saber con certidumbre quiénes los asesinaron y quiénes

lo ordenaron. Y no hay registros ni estadísticas simplemente porque no puede haberlas. Poco a poco nos volvemos viento, invisible, incoloro, apenas una fugaz idea mientras la luz se apaga. En la desintegración anunciada no hay fantasmas, ni diurnos ni nocturnos.

Para los Estados Unidos, luego del petróleo mexicano, está la mano de obra de los inmigrantes que impulsa y sostiene la economía sobre todo del sudoeste de su país. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN o NAFTA) ya antes mencionado, fue complementado en 2001 con el “Plan Sur”.

[En él, el gobierno mexicano] asume la responsabilidad de la ingente labor de vigilancia policial de la frontera meridional de su país para poner freno a la oleada de población humana residual y pobre que acude a los Estados Unidos desde los países latinoamericanos. Desde entonces, centenares de miles de inmigrantes han sido detenidos, encarcelados y deportados por la policía mexicana antes de alcanzar siquiera las fronteras estadounidenses (Bauman, 2008:54).

Como al capital especulativo no le interesa reciclar a los nuevos “siervos de la gleba” o peones de hacienda “acasillados”, impone en todos lados acelerar su degradación y descomposición, pero es posible que a los Estados fallidos (normalmente subdesarrollados) les exija aplicar una despiadada limpieza social. En Tamaulipas, México, en la localidad de San Fernando en 2010 y en abril de 2011 fueron descubiertas 40 fosas clandestinas con más de 195 cadáveres; algunos restos indicaban que fueron masacrados sirviendo de blancos humanos en un campo de tiro. También en los estados de Durango y Zacatecas han sido descubiertas fosas que todas juntas han rebasado las centenas de cadáveres. Unos eran mexicanos y otros migrantes y se acusa a bandas narcotraficantes de ser los responsables. No obstante, la investigadora Guadalupe Correa, de la Universidad de Texas en Brownsville, considera que:

La masacre no es un hecho aislado; se trata de una práctica planeada y sistemática que involucra a más de un grupo del crimen organizado. Incluye autoridades cómplices, mafias, contrabandistas, traficantes de

personas y otros que forman parte de una compleja red que no ha sido desmantelada ni afectada en lo esencial (AFP, 2011:10).

Pero, como luego veremos, Veracruz es el estado que ha resultado más terrible para los migrantes. Para el heroico obispo de Saltillo, Raúl Vera, por ejemplo, las diferentes matanzas de ex drogadictos ocurridas en centros de rehabilitación no son más que “operaciones de limpieza” realizadas por grupos paramilitares porque, a su juicio:

El día de hoy se puede facilitar la paramilitarización [pues] es un derivado de la militarización que hay en el país (y los crímenes) se ven como una “limpieza social” donde alguien considera que “aquí nada más quedamos los puros buenos, y los malos que desaparezcan” (*La Jornada*, 2011:15).

El obispo Vera también coincide indirectamente con Bauman afirmando que la guerra contra el *narco* es sólo una farsa porque el gobierno en realidad “pretende crear un perímetro de seguridad para Estados Unidos, que incluya el control de los flujos migratorios de América Latina hacia el Norte”, lo cual obliga a que exista una complicidad entre autoridades y criminales (Camacho, 2011:12).

Además del obispo Vera existen varios sacerdotes involucrados y comprometidos con los más vulnerables, porque varios de ellos son consecuentes con los planteamientos renovadores del Concilio Vaticano II (1959) que reconoció, entre otras cosas, que el deber de la Iglesia es estar al lado de los pobres y no junto a los poderosos, como normalmente ha ocurrido y ocurre. Pese a no ser muchos, por encima de las amenazas, agresiones y disgustos de servidores públicos, criminales e incluso de jefes eclesiásticos, han establecido refugios para ayudar a los migrantes. Entre ellos están Flor María Rigoni, director de la Casa del Migrante de Tapachula, Chiapas, Alejandro Solalinde Guerra, coordinador de la pastoral de la Movilidad Humana de la Zona Pacífico Sur del Episcopado Mexicano, y responsable del albergue Hermanos en Camino en Oaxaca (también considerado como héroe de la defensa de derechos humanos en el sureste), Pedro Pantoja de la Casa del Migrante también de Saltillo; Francisco Gallardo

López, párroco de la Casa del Migrante en Matamoros; Fray Tomás González responsable de la Casa del Migrante en Tenosique, Tabasco; Hugo Raudel Montoya Ontiveros del albergue Casa del Migrante San Juan Diego, en Tultitlán, Estado de México; Heyman Vázquez Medina en el albergue Hogar de la Misericordia de la ciudad de Arriaga, San Cristóbal de las Casas, Chiapas; el dominico Miguel Concha Malo, el arzobispo de Tijuana Rafael Romo Muñoz, y algunos otros.

A las opiniones de Vera se suman por ejemplo las del sacerdote Pedro Pantoja, director de Belén Posada del Migrante, quien opina que México es “un cementerio de centroamericanos”, y agrega que guatemaltecos y hondureños son “un proletariado periférico en extrema marginación” (Muñoz, 2011:5). En junio de 2011 Solalinde denunció el secuestro de más de un centenar de migrantes en el estado de Veracruz, los cuales habían salido del albergue que dirige. En un principio, algunas autoridades del estado negaron la denuncia y lo acusaron de difamar e imaginar cosas que no son. Pero finalmente aceptaron que debían investigar la acusación. El asunto resulta escalofriante porque el padre Solalinde, además de invitar a que la sociedad en conjunto se una contra los abusos, denuncia que deben rastrearse “fosas o restos de migrantes que están en los ministerios públicos, en los panteones, en las fosas comunes y que no sabemos quiénes son”. Y en las mismas declaraciones agregó: “que hay la presunción que en el sexenio anterior existieron fosas con cadáveres de migrantes, hecho que platicó con diversos obispos de la entidad”. Según esto, él les dijo “sé de un lugar, no lo voy a decir, pues ojalá los investigadores lo hagan, pero sé de un lugar donde están llevando esos restos humanos de los que secuestran. Eso lo comenté la semana pasada con unos obispos y uno de ellos me dijo, ‘no es uno, son dos’” (Trujillo, 2011:3). La propia Comisión Nacional de Derechos Humanos ha reconocido, en palabras de Raúl Plascencia Villanueva, que en 2009, de unos 9 mil 758 migrantes secuestrados una tercera parte ocurrió en Veracruz; en 2010 la cifra se elevó a más de 11 mil plagios y nuevamente la tercera parte ocurrió en el mismo estado. La propia Comisión calcula que de unos 400 mil sin papeles que cruzan el país al año, un estudio realizado entre 2008 y 2009, reveló que por lo menos son secuestrados 20 mil, y los responsables obtienen 50

mil dólares (Cruz, 2011:8; Camarena, 2011:5; Ballinas, 2011:20). Lo que hace que dicha entidad ocupe el primer lugar en secuestro de migrantes. Éstos, por su parte, afirman haber visto decenas de asesinatos, violaciones sexuales, trata y tráfico de personas o, en los centros del Instituto Nacional de Migración mujeres que cuentan que son obligadas a maltratar a otras mujeres, sufrir en celdas de castigo, o caer en manos de falsos abogados mirando también la introducción de drogas y alcohol. Otras de sus experiencias consisten en sufrir explotaciones a manos de mexicanos “empleadores”: trabajan todos los días de las cinco de la mañana a las nueve de la noche, comen unas cuantas tortillas al día, reciben 50 pesos a la semana, y son amenazados de muerte para que no intenten escapar.

Como es lógico, en una sociedad donde la justicia siempre ha sido prácticamente nula y hoy tiende prácticamente a desaparecer, las agresiones contra defensores de migrantes no se han hecho esperar: a Solalinde en 2010 el INM intentó acusarlo de traficante de menores. El sacerdote tiene claro que la destrucción de recursos naturales o quitárselos a los indígenas, no reconocer los derechos de las mujeres, y el éxodo de migrantes constituye una rotunda prueba del fracaso del capitalismo y de que nuestro país está inmerso en un retroceso democrático (Pérez, 2011:18); al obispo de Saltillo, Raúl Vera, a causa de su enjundia siempre comprometida, a mediados de julio en su catedral Santiago Apóstol le colgaron algunas mantas en julio de 2011 con leyendas retrógradas: “Queremos un obispo católico”, “Queremos que el obispo sólo hable de religión”. Por lo visto, apoyar a los pobres y tener “hambre y la sed de justicia” son delirios y, en cambio, apoyar a políticos con las manos sucias de sangre es un verdadero humanismo. El obispo Vera también no hace mucho, fue acusado por la Agencia Católica de Información (ACI Prensa) de Lima, Perú, de promover entre los fieles prácticas homosexuales. En palabras de los honorables “santos” Vera es “promotor de la deshonestidad, la promiscuidad y maldad” (Ramos, 2011:18). Por tales motivos Vera acudió al Vaticano a defenderse de las difamaciones ante la Congregación para la Doctrina de la Fe (la antigua Inquisición), y demostrar que es responsabilidad de la Iglesia apoyar y defender a los grupos vulnerables superando a una Iglesia propia del siglo IV o de la

Edad Media. La Congregación afortunadamente parece que reconoció su esfuerzo y rechazó los ataques homofóbicos (Gómez, 2011:14). Fray Tomás González, responsable de la Casa del Migrante en Tenosique, Tabasco, fue detenido algunas horas en Coatzacoalcos, Veracruz, y amenazado porque denunció que algunos empleados del INM tienen estrecha relación con el crimen organizado (Urrutia, 2011:8). Asimismo, el 24 de junio de este año dejó de funcionar en Nuevo Laredo un Centro de Migrantes (Iniciativa Frontera Norte de México), y hace dos años en las montañas de Guerrero cerró sus puertas el Centro de Derechos Humanos Tlalchinollan a consecuencia de que sus miembros fueron amenazados. El arzobispo de Tijuana, Rafael Romo Muñoz, ha denunciado que algunos defensores de migrantes han sido asesinados, otros amenazados, hostigados, golpeados y hasta acusados penalmente.

Conclusiones siempre provisionales

La mayoría de las tragedias brotan normalmente del desprecio engendrado por la injusticia: en nuestro país la nueva subjetividad descansa en ¿20 mil desaparecidos?, ¿50 mil muertos? Según Raúl Plascencia Villanueva, de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, un estudio realizado entre 2008 y 2009 revela que de unos 400 mil sin papeles que cruzan México al año, son secuestrados casi 20 mil y los pagos por rescatarlos reportan 50 millones de dólares a los criminales. Un informe de la Comisión Nacional de Derechos Humanos reconoce que en seis meses (entre abril y septiembre de 2010) ocurrieron 11 mil 333 plagios. Otro autor, Pablo Ordaz, periodista del diario *El País*, citando un artículo de Eduardo Guerrero de la revista mexicana *Nexos*, afirma que en 2007 eran 53 municipios donde ocurrieron 12 o más asesinatos, en 2008 pasaron a 84 y en 2009 la cifra subió a 131 municipios, pero en 2010 ascendió a 200 localidades. Es decir, la violencia se ha cuadruplicado en sólo cuatro años (Ordaz, 2011:1-5). La nueva subjetividad de la barbarie es infinita en su perversa imaginación: el migrante, como despojo, también es una mercancía y posee órganos valiosos. En la población de Altar, Sonora, el

sacerdote Prisciliano Peraza García, director del Centro Comunitario de Atención al Migrante y Necesitado, cuenta que del lugar llegan a salir entre 60 y 70 camionetas diarias con 35 personas con destino a Phoenix, Arizona, ubicada a 100 kilómetros. Cada persona paga entre 2 mil quinientos y 3 mil dólares por el traslado que muchas veces es ficticio porque al lugar han regresado migrantes con un ojo perdido. Los criminales, a cambio de extirparles una córnea, les prometen trasladarlos pero, luego de operarlos, no cumplen la propuesta. Altar, es tierra de despiadados, 80% de los que transitan por ahí son extorsionados y de 85 a 95% de las mujeres que pasan son violadas (Ramos, 2011:41).

La nueva subjetividad está regida por el principio del placer y los valores, como el respeto por la vida humana, van en retirada. Paralela a la subjetividad fundada en el horror está la fundada en el miedo que impregna nuestra vida diaria: miedo a perder la vida,

[sí, pero también] [e]l terreno sobre el que supuestamente descansan nuestras perspectivas vitales es poco firme, sin lugar a dudas, como lo son nuestros empleos y las empresas que los ofrecen, o nuestros compañeros y compañeras sentimentales, o nuestras redes de amistades, o nuestra posición en la sociedad y la autoestima y la confianza que derivamos de dicha posición (Bauman, 2008:88).

El horror del camino de la desintegración en que vamos quizá no tiene retorno, ¿o quizá sí? No lo sabemos: sólo una cosa es segura: el retorno (¿a qué?) o lo nuevo, es obligación pensarlo, deseárselo, imaginarlo, aprendiendo del pasado y presente con la esperanza y certeza activa de que el futuro debe ser mejor porque las pesadillas siempre terminan, así lo indican las valientes voces capaces de decir no y clamar por la justicia y que afortunadamente siempre existen y que debemos imitar. En el rechazo razonado por el presente están las semillas de una nueva construcción. El terror, el miedo y la esperanza, si algo tienen, es que terminan, tarde o temprano y para bien o para mal, involucrando a todo mundo.

Bibliografía

- AFP (2011), “A un año de la matanza de San Fernando, ningún zeta detenido ha recibido castigo”, *La Jornada*, México, 22 de agosto, p. 10.
- (2011), “Más de 38 millones de jóvenes en América Latina en riesgo por el hampa: OEA”, *La Jornada*, México, 29 de junio, p. 23.
- Anders, Günther (2011), *La obsolescencia del hombre. Sobre el alma en la época de la segunda revolución industrial*, vol. I, Valencia, Pre-Textos.
- Avilés, Karina (2011), “Estudio de la Conapo en el área rural”, *La Jornada*, México, 5 de agosto, p. 39.
- Ballinas, Víctor (2011), “ONG a relator de la CIDH: cada año, 20 mil migrantes son secuestrados en el país”, *La Jornada*, México, 26 de julio, p. 20.
- Bauman, Zygmund (2008), *Archipiélago de excepciones*, Barcelona, Katz.
- (2008), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.
- (2010), *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*, México, Paidós.
- Bouwden, Charles (2010), *Ciudad del crimen. Ciudad Juárez y los nuevos campos de exterminio de la economía global*, México, Random House Mondadori.
- Braudel, Fernand (1974), *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial.
- Camacho Servin, Fernando (2011), “La guerra de Calderón contra el narco es una farsa, asevera el obispo Raúl Vera”, *La Jornada*, México, 19 de junio, p. 12.
- Camarena, Salvador (2011), “El defensor del pueblo de México revela secuestros masivos de migrantes”, *El País*, 8 de enero, p. 5.
- Carlyle, Thomas (1837), *Ensayo sobre el cartismo*.
- Cruz Martínez, Ángeles (2011), “A punta de R-15 los bajaron del tren: testigos del secuestro”, *La Jornada*, México, 29 de junio de 2011, p. 2.
- “Eclesiastés” (1998), *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée De Browber, pp. 955-966.
- Economits Intelligence Unit (2011), “AL: violencia sin freno”, *La Jornada*, México, 18 de octubre, p. 30.
- El Universal* (2011), “El juez Baltasar Garzón”, México, 8 de agosto, p. 11.
- Gómez Vera, Carolina (2011), “Respalda el Vaticano labor con Gays: Vera”, *La Jornada*, México, 17 de septiembre, p. 14.
- George, Susan (2001), *Informe Lugano*, prólogo de Manuel Vázquez Montalbán, Barcelona, Icaria.

- Hugo, Victor (1943), Napoleón el Pequeño, Argentina, Editorial Sopena.
- IPS (2011), “La maquila, exitoso esquema”, *La Jornada*, México, 22 de agosto, p. 41.
- La Jornada* (2011), “Asesinan a 11 personas durante ataque a Centro de Rehabilitación en Torreón”, México, 8 de junio de 2011, p. 15.
- (2011), “Disparan a padres de familia que esperaban a sus hijos frente a una primaria de Juárez”, México, 25 de agosto, p. 10.
- Lara Flores, Sara María (coord.) (2010), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- Marx, Carlos (1973), “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas I*, Moscú, Progreso, pp. 404-498.
- Mead, L.M. (1992), *The New Politics of Poverty: The Nonworking Poor in America*.
- Michéa, Jean-Claude (2009), *La escuela de la ignorancia y sus condiciones modernas*, Acuarela y A. Machado, Madrid.
- Muñoz, Alma E. (2011), “Defensores de migrantes exigen cerrar las estaciones del INM”, *La Jornada*, México, 29 de julio, p. 5.
- Notimex (2011), “ONU: ser joven, un riesgo en países afectados por el narco, como México”, *La Jornada*, México, 10 de octubre, p. 7.
- Ordaz, Pablo (2011), “México heroico”, Suplemento “Domingo”, *El País*, Madrid, 19 de junio, pp. 1-5.
- Paz, Octavio (2001), “Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe”, *Obras completas III*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, pp. 559-1343.
- (2000), *El laberinto de la soledad*, Enrico Mario Santí (ed.), Madrid, Cátedra.
- (2002), “Postdata”, *Obras completas V*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, pp. 315-394.
- Pérez V., Matilde (2011), “El país en retroceso: Solalinde”, *La Jornada*, México, 20 de septiembre, p. 18.
- Ramos, Leopoldo (2011), “El obispo Vera López acudió al Vaticano para responder sobre los homosexuales”, *La Jornada*, México, 14 de septiembre, p. 18.
- Renan, Ernest (2006), *¿Qué es una nación?*, Madrid, Ediciones Sequitur, Madrid.
- Román, José Antonio (2011), “La reforma laboral debe atender derechos del jornalero”, *La Jornada*, México, 4 de agosto, p. 33.
- (2011), “Unos 75 mil jóvenes forman el ‘brazo armado’ del narco sostiene ONG”, *La Jornada*, México, 6 de septiembre, p. 9.

- Sales, Isaia (2011), *Los curas y la mafia. Las conexiones del crimen organizado con la Iglesia católica en Italia*, México, Planeta.
- Subirats, Eduardo (1974), *El continente vacío. La Conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik.
- Trujillo Báez, Norma (2011), “Reitera el padre Solalinde secuestro masivo de indocumentados en la entidad”, *La Jornada Veracruz*, México, 2 de julio, p. 3.
- Turati, Marcela (2011), *Fuego cruzado. Las víctimas atrapadas en la guerra del narco*, prólogo de Roberto Zamarripa, México, Grijalbo.
- Urrutia, Alonso (2011), “La gente del INM lleva a los zetas ante los migrantes: cura de Tenozique”, *La Jornada*, México, 18 de septiembre, p. 8.

Recibido en enero de 2012
Aprobado el 27 de junio de 2012